



LA HEREJÍA DE HORUS

LA ERA
DE LA
OSCURIDAD

Editado por Christian Dunn

timun**mas**

REGLAS DE COMBATE

Graham McNeill

Quiso echarse a llorar, pero los dos años anteriores le habían vuelto de piedra el corazón. Le habían pedido mucho, se había perdido demasiado, y ya no le quedaba más pesar que sentir. Hermanos abandonados, todo un mundo de Ultramar arrasado y el sueño dorado de la unidad galáctica completamente reducido a cenizas. Un momento tan singular de la historia debía ser lamentado, sin duda alguna. Exigía llorar, desgarrarse las vestiduras, arrancarse los cabellos, o, como mínimo, un estallido de rabia primitiva.

No se permitió ninguna de aquellas liberaciones catárticas.

Si dejaba que comenzaran a salir las lágrimas, quizá nunca dejaran de hacerlo.

El Arcanium era un cubo de veinte metros cuadrados con una arcada en cada pared, por la que se podía acceder al interior, y que estaba iluminado con gruesas velas colocadas en unos candelabros de hierro con formas de leones rampantes y águilas fijados en las paredes. El suelo era de pizarra negra y las paredes de madera, pulidas y suavizadas con un cepillo de carpintero que él mismo había utilizado. Recordaba cómo buscaba refugio en aquel lugar muchos años antes, cuando las disputas incesantes entre los senadores de Macragge se hacían insostenibles para un muchacho que lo que ansiaba era la emoción del combate.

Aquel muchacho había desaparecido, ahogado por la sangre del asesinato de Konor y la gran oleada de matanzas que él mismo había desencadenado tras aquella traición. En aquel momento del pasado lo había llamado justicia, pero el paso del tiempo le había proporcionado la

perspectiva necesaria para reconocer el verdadero motivo que lo había impulsado a cometer aquel acto. La venganza no era una razón digna por la que enviar a los soldados a la guerra, y se había jurado a sí mismo que jamás caería de nuevo en esa tentación. Tras identificar aquella debilidad, había llevado a cabo las acciones necesarias para purgar de su interior ese defecto, y la ejecución de Gallan fue la última vez que permitió que las emociones guiaran su mano.

Volvió a concentrarse en el libro que tenía delante mientras oía el ajetreo de la fortaleza al otro lado de las paredes pulidas con esmero de su recinto privado. Aquel lugar se había erigido en tiempos pasados lejos de cualquier suplicante, ya que lo había edificado a centenares de kilómetros del asentamiento más cercano, pero ese aislamiento ya era algo muy lejano. Varias hectáreas de murallas de mármol, de cúpulas geodésicas centelleantes, de gigantescas torres y de estructuras perfectamente proporcionadas lo rodeaban. Se había construido toda una biblioteca alrededor de la estancia, y aunque los arquitectos y los matemáticos le habían suplicado que tuviera en cuenta la geometría armoniosa del número áureo inherente a sus planos, él se había negado a que demolieran el Arcanium.

Quiso sonreír al darse cuenta de que, después de todo, quizá la ejecución de Gallan no había sido la última emoción que había influido de algún modo en su proceso mental para tomar decisiones. Sin embargo, la sonrisa se negó a aparecer, y si tenía en cuenta todo en lo que tenía que pensar en aquellos momentos, su decisión de recuperar aquel fragmento de su juventud le pareció un capricho terco en exceso.

Estaba sentado delante de una pesada mesa de madera de color oscuro que ocupaba el espacio central de la estancia, y leyó las palabras que acababa de escribir en el enorme tomo que descansaba sobre ella. El lomo tenía más de un metro de largo, y el grosor del libro era como mínimo de treinta centímetros. Las tapas de cuero estaban recubiertas de elementos decorativos de pan de oro y las páginas eran de pergamino muy pálido, tan nuevo que todavía olía al animal del que se había obtenido. La página de la izquierda la cubría una escritura apretada, con cada letra formada de un modo preciso y cada palabra dispuesta de manera que mantuviera unas líneas de texto perfectas.

El trabajo avanzaba a buen ritmo, y cada día lo acercaba más y más a la finalización de la tarea.

Sería su obra más importante, su *opus magnum*, y sería recordado para siempre gracias a ella. Algunos podrían llegar a considerar esa idea como una tremenda vanidad por su parte, pero él sabía muy bien la verdad.

Con aquella obra lograría salvar todo lo que su padre genético había intentado construir. Sus enseñanzas formarían los cimientos de lo que se necesitaría para hacer frente a la tormenta que se avecinaba. El altruismo más puro, y no el orgullo, era lo que guiaba su mano para escribir y dejar registrados los decenios de sabiduría acumulada. Cada capítulo y cada versículo eran un fragmento de su genio codificado de forma biológica, cada retazo de conocimiento impartido formaba parte de un bloque de construcción, y todo ello se combinaría para crear una obra inconmensurablemente mayor que la suma de todas sus partes.

Después de la devastación que el enemigo había desencadenado en Calth, la legión buscaba, más que nunca, inspiración en su liderazgo. Sus guerreros habían sufrido un golpe tremendo en su orgullo, y necesitaban de un modo desesperado ver a su primogénito. Los ilotas traían todos los días las peticiones de audiencia que enviaban los capitanes de los diferentes capítulos, pero la tarea que tenía entre manos era demasiado importante como para atender a ninguna de esas peticiones.

Los capitanes no comprendían por qué se había apartado de ese modo de sus hijos, pero no tenían que comprenderlo, lo único que debían hacer era obedecer, incluso cuando sus órdenes no parecían tener sentido alguno o parecían tan heréticas como las que habían provocado que la galaxia estallase en llamas.

Jamás, en todos los años que llevaba al servicio de su padre genético, se había enfrentado a una decisión tan terrible.

El Imperio estaba perdido. Todo lo que sabía se lo indicaba, y esta traición sería la que salvaría el sueño que albergaba en lo más profundo de su corazón y que impediría su desaparición.

El cuerpo del Imperio se moría, pero los ideales de su fundación podrían seguir con vida. Su padre lo entendería, aunque los demás no lo hicieran.

Roboute Guilliman escribió dos palabras en la parte superior de la página derecha. Eran unas palabras traidoras, unas palabras salvadoras. Eran las palabras que anunciaban un nuevo comienzo.

Imperium Secundus.

Combate 94

Se llamaba Remus Ventanus, pertenecía a la 4.^a Compañía de los Ultramarines, y era un traidor.

Aquello lo incomodaba profundamente, pero no era mucho lo que podía hacer al respecto. Las órdenes que tenía procedían directamente del primarca, y si había algo que se inculcaba a los Ultramarines desde el primer día de su entrenamiento era que las órdenes se cumplieran, sin importar cuáles fueran.

Los destellos iluminaban las montañas de Talassar con un brillo fragmentado y pálido cada vez que los cegadores rayos de fuego bajaban dejando rastros ardientes como lágrimas de fósforo que cayeran en mitad del cielo nocturno. La retirada desde Castra Publius había sido muy larga y dura, y la incesante y tenaz persecución de sus atacantes había empeorado las condiciones del repliegue. Igual que unos aletafilos que hubieran captado el olor de la sangre en el agua, los guerreros de Mortarion jamás cedieron, jamás disminuyeron la presión, y en ningún momento dejaron de atacar desde que comenzó la batalla.

Era una característica que Remus había admirado antaño.

No tenía ni idea de cómo iba la batalla en el resto de Talassar. Lo único que sabía era lo que le transmitían los planificadores que se encontraban en el gran strategium a través del comunicador del casco, pero eran unos individuos que guardaban celosamente sus secretos y se mostraban renuentes a la hora de distribuir información.

La 18.^a Compañía había defendido Castra Publius hasta el último guerrero, y había proporcionado tiempo para retirarse al resto de las fuerzas de los Ultramarines, que se habían replegado a las posiciones defensivas ya preparadas por los ilotas, los zapadores de combate de la Fuerza de Defensa de Talassar y las monstruosas máquinas de construcción del Mechanicum. Esas máquinas habían demostrado ser esenciales para la estrategia que seguían, y Remus se sintió agradecido de que el primarca hubiera considerado adecuado exigir la presencia permanente del sacerdocio marciano en todos y cada uno de los mundos de Ultramar antes de que el planeta rojo cayera en manos de los aliados del señor de la guerra.

Remus se puso en pie y tomó el bólder de las rocas sobre las cuales lo había dejado. Efectuó las comprobaciones de rutina y activó el seguro. Realizó todas las acciones de un modo automático por lo arraigada que tenía la serie de movimientos. Lo mismo que ocurría con todos los actos de los demás guerreros de la XIII Legión. Acopló el arma al soporte del muslo de la armadura y miró a su alrededor, al paisaje que lo rodeaba.

Las montañas de Talassar serpenteaban sobre la superficie del único continente del planeta igual que si fueran una columna dorsal deformada, donde cada vértebra era un pico desigual y agreste, y donde cada

hueco se convertía en una serie de valles de los que a su vez partían fracturas minúsculas que formaban gargantas ocultas, cañones sin salida y desfiladeros estrechos cuyos suelos jamás veían la luz del sol. Era un terreno que favorecía a los defensores, y todas las maniobras de entrenamiento para hacer frente a una invasión que se realizaban confiaban en aquel baluarte montañoso y en sus fortalezas comunicadas entre sí.

Con lo que no habían contado esas maniobras de entrenamiento era con un enemigo tan implacable como la Guardia de la Muerte.

Una muralla en ángulo de escombros apilados y rococemento de fraguado rápido cerraba aquel valle concreto formando una serie de reductos fortificados y de bastiones. Remus conocía bien la velocidad y la perfección en el acabado con la que el Mechanicum era capaz de esculpir nuevos paisajes, pero lo que tenía ante él seguía siendo una visión increíble.

El valle se había ensanchado y profundizado, y habían hecho estallar sus flancos para luego perforar y cavar hasta formar una serie de fortificaciones entrelazadas que ocupaban toda su anchura. Él había partido de aquel lugar al frente de la 4.^a Compañía menos de doce horas atrás, cuando el suelo del valle era liso y estaba vacío y las paredes negras y volcánicas sólo estaban cubiertas de líquenes y de grandes extensiones de abetos. Todo aquello había desaparecido. El antaño verde valle de alta montaña se había convertido en algo que parecía una cantera explotada desde hacía varios decenios. Las unidades de las fuerzas auxiliares de Talassar ocupaban los reductos construidos de forma precisa a partir de gruesas losas prefabricadas, y las armas pesadas de los Ultramarines ocuparon unas almenas y torretas que no se encontraban allí diez horas antes.

Había sido una retirada muy difícil, y las unidades de vanguardia de la Guardia de la Muerte los habían acosado a cada paso del camino. A Remus le había repelido la idea de permitir que el enemigo mantuviera la iniciativa, pero la nueva estrategia implicaba que debían ceder terreno.

Los tres mil astartes de la 4.^a Compañía se reunieron en grupos cuidadosamente calculados y aprovecharon para descansar detrás de la alta muralla. Remus avanzó serpenteando entre los grupos. Se estremeció un momento al pasar bajo una de las máquinas de construcción del Mechanicum. Se alzaba por encima de él, y era más larga y ancha que la propia Galería de las Espadas de Macragge. La tierra retemblaba con el profundo ronroneo reverberante de su poderoso núcleo motor. Su enorme masa tenía un color ocre polvoriento y estaba cubierta por multitud de torretas artilladas y de señales que indicaban peligro, además de mostrar por doquier el símbolo monocromático del engranaje del Mechanicum.

Todos sus guerreros se encontraban desplegados detrás de la muralla, con cada escuadra situada siguiendo exactamente las nuevas doctrinas tácticas que se habían instaurado recientemente. Todo aquello formaba parte de un cambio radical en la manera como estaba organizada la legión. Se trataba de una nueva serie de reglamentos y de órdenes de batalla que habían llegado directamente desde la Fortaleza de Hera y que imponían unas directrices muy estrictas sobre la manera en la que cada guerrero y cada escuadra debía actuar dentro de la legión como conjunto. Era una sensación muy extraña desarrollar una autonomía de mando dentro de unas especificaciones predeterminadas, pero si había alguien capaz de diseñar una doctrina táctica capaz de hacer frente a cualquier enemigo y situación, ése era Roboute Guilliman.

Vio al sargento Barkha en los peldaños que llevaban a la plataforma de combate. Estaba escuchando los informes que le enviaban los exploradores de la 4.^a Compañía, que se encontraban desplegados en los riscos que se alzaban por encima de ellos. De entre todos los guerreros de los Ultramarines, ellos eran a los que más les estaba costando adaptarse a las reglas recientemente impuestas, pero era tal la naturaleza integral y completa de los nuevos procedimientos operativos que hasta al irascible jefe explorador de la 4.^a Compañía, Naron Vattian, le estaba resultando casi imposible encontrar algún fallo en ellos.

—¿Alguna señal del enemigo, sargento? —le preguntó Remus.

Barkha se volvió y se golpeó el pecho con un puño. Era el saludo pre-Unificación. Le resultó extraño ver a su sargento hacer aquel saludo, pero Remus supuso que era más apropiado que el signo del águila, ya que se habían convertido en traidores.

—Se detecta mucha actividad alrededor de Castra Publius, pero no se ha visto señal alguna de que ya se hayan puesto en marcha —le contestó Barkha con los brazos pegados a los costados y firmes como vigas, como si se encontrase en un desfile y no en un campo de batalla.

—No estamos en Macragge, sargento. No es necesario comportarse de un modo tan formal —le indicó Remus.

Barkha hizo un gesto de asentimiento, pero no cambió de postura.

—Es la corrección, mi capitán —le contestó el sargento—. Que nos encontremos en situación de combate no significa que debemos dejar la corrección a un lado. Después de todo, así fue cómo comenzó todo este penoso asunto. Se pasó por alto la corrección. Eso no pasará bajo mi mando.

—¿Eso es una reprimenda? —le preguntó Remus, al mismo tiempo

que se sacudía el polvo grueso y negruzco procedente de las montañas y que le cubría la superficie azul de la armadura.

—No, señor —respondió Barkha sin dejar de mirar hacia un punto lejano situado por encima del hombro izquierdo del capitán—. Es simplemente la constatación de un hecho.

—Tienes toda la razón, sargento. Si el señor de la guerra hubiera tenido como ayudante a un individuo quisquilloso como tú, nos habríamos ahorrado todo esto.

—Lo decía en serio, capitán

—Y yo también —le contestó Remus mientras subía los peldaños que lo llevarían hasta las murallas para observar desde allí la zona montañosa.

Barkha lo siguió respetuosamente y se colocó a su lado, listo para cumplir cualquier orden que le diera. Aunque Remus no veía ninguna en aquel momento, sabía que las unidades de la Guardia de la Muerte estaban explorando los valles inferiores en busca de algún punto débil en la línea defensiva de los Ultramarines.

—No soy ingeniero, pero hasta yo soy capaz de ver que no seremos capaces de defender esta muralla —comentó Barkha.

—¿Por qué lo dices?

—Han construido la muralla demasiado en el exterior. La parte más estrecha del valle se encuentra a nuestra espalda.

—¿Y?

—Eso hace que la muralla resulte demasiado larga —explicó Barkha en un tono de voz que indicaba que era incapaz de comprender cómo era posible que su capitán no se hubiera dado cuenta de algo tan obvio—. No disponemos de suficientes guerreros o armas pesadas para repeler un ataque a gran escala. —Luego, el sargento señaló por encima del hombro—. La Garganta Yaelen se encuentra al sur, pero es demasiado estrecha como para que los blindados pesados puedan atravesarla a una buena velocidad. Castra Maestor bloquea las Escaleras Helicanas en el norte. Ésta es la única ruta viable que atraviesa nuestras líneas, y la Guardia de la Muerte no tardará en darse cuenta de eso.

—Todo lo que dices es muy cierto, sargento. ¿Quieres sugerir algo con eso? —le preguntó Remus.

—Por supuesto. Casi parece que quisiéramos que atacaran por aquí. Lo que no entiendo es por qué se lo permitimos, cuando en realidad deberíamos ser nosotros quienes los atacáramos.

—La Guardia de la Muerte avanza como la ola de un maremoto —le contestó Remus—. Si nos enfrentamos a ellos en un ataque directo, su

superioridad numérica nos barrerá. Lo que hacemos es replegarnos, provocando que avancen hasta que sus líneas se extiendan demasiado y sean más débiles. Entonces será cuando los atacemos.

—¿Es su plan?

—No. Nuestra estrategia viene determinada por los escritos del primarca.

—Permiso para hablar —le pidió Barkha.

—Concedido.

—¿De verdad vamos a combatir siguiendo las tácticas de un libro?

—Es el libro del primarca —le recordó Remus.

—Lo sé, y no quiero faltar al respeto haciendo estas preguntas, pero ¿acaso puede algún libro, incluso uno escrito por el primarca, cubrir todas y cada una de las posibilidades tácticas de una batalla?

—Supongo que estamos a punto de descubrirlo —dijo Remus al oír un intercambio de mensajes por el comunicador.

Las unidades de la Guardia de la Muerte ya se encontraban en las laderas inferiores del valle.

—Todo el mundo preparado para el combate, sargento —ordenó Remus.

—A la orden, capitán —respondió Barkha al mismo tiempo que saludaba. Se dio la vuelta de inmediato y comenzó a organizar a la 4.^a Compañía.

Remus Ventanus se quedó mirando a lo lejos, donde se divisaba el resplandor de varios fuegos más allá, en las montañas. Castra Publius había caído, los ultramarines que la defendían habían muerto y los guerreros de la Guardia de la Muerte avanzaban de nuevo para destruirlos.

¿Cómo se había llegado a aquello?

La Guardia de la Muerte atacó cincuenta y dos minutos más tarde. Fue un asalto brutal encabezado por vehículos blindados pesados y dreadnoughts. Fue un puñetazo propinado con el guantelete de una armadura, algo pensado para machacar a los defensores y dejarlos insensibles antes de que el siguiente puñetazo impactara de lleno para completar su destrucción. Las escuadras de infantería mecanizada avanzaron rugientes en pos de los Land Raider pintados de color verde oliva que no dejaban de disparar rayos incandescentes contra los defensores. Las disciplinadas falanges de guerreros con armaduras del mismo color desembarcaron de los transportes blindados y comenzaron su avance inexorable hacia las posiciones de los Ultramarines.

Los disparos de las armas láser y de los bólteres acribillaron a los guerreros atacantes y abrieron brechas en sus líneas, pero sin ralentizar en absoluto su avance. La poca artillería que poseían los defensores lanzó proyectiles especiales contra las filas enemigas y abatieron escuadras enteras bajo aullidos de luz y de sonido. Los dreadnoughts atacantes se lanzaron al asalto a grandes zancadas, y sus brazos armados acribillaron a los defensores con ráfagas mortíferas de precisión mecánica.

Remus vio a toda una escuadra de ultramarines abatida por los disparos de dos dreadnoughts que abrieron fuego de forma coordinada, y ordenó a gritos a una de las dotaciones de armas pesadas que acabaran con ambos. Un trío de misiles salió disparado hacia los dreadnoughts, y uno de ellos se desplomó destrozado tras ser alcanzado en un costado por dos de los proyectiles. El segundo cayó destruido unos segundos más tarde tras sufrir el impacto directo de un cañón de fusión en el sarcófago.

Aquello fueron victorias momentáneas, unos momentos luminosos frente a una superioridad aplastante. Los guerreros de la Guardia de la Muerte luchaban como máquinas, y siguieron avanzando con el ardor insensible de una criatura mecánica y sin alma. Remus era un guerrero, un luchador creado genéticamente con una habilidad superlativa para matar, pero también había sido creado para ser mucho más que eso. Se enorgullecía de su pericia como combatiente, y disfrutaba de la posibilidad de poner a prueba su habilidad contra otro guerrero, pero ver combatir a la Guardia de la Muerte era enfrentarse a un oponente para quien la guerra era simplemente una lucha de desgaste.

Pero Remus no estaba dispuesto a bailar al son de los tambores de guerra de la Guardia de la Muerte.

Los informes tácticos aparecieron desplegados en la pantalla de su visor: índices de bajas propias, proporción de bajas enemigas, resultados probables, y otra docena de variables del campo de batalla. El flujo de información habría dejado anonadado y superado incluso a un táctico del Ejército Imperial, pero la estructura cognitiva modificada genéticamente de Remus le permitió procesarlo todo en el tiempo que duraba un parpadeo.

La Guardia de la Muerte se reagrupó para efectuar otro asalto contra las murallas, y en ese periodo de tiempo la memoria eidética de Remus accedió a los parámetros de batalla que contenían los planes tácticos del primarca. Encontró una coincidencia que llegaba a conclusión lógica tras seguir una serie predeterminada de cursos de acción. Había llegado el momento de replegarse.

Remus acopló el bólter al soporte del muslo de la armadura y dio la orden de retroceder, una de las dos docenas de opciones permitidas que tenía disponibles. Los Ultramarines comenzaron a replegarse por escuadras de un modo ordenado mientras las tropas auxiliares de Talassar acribillaban la zona de tiro que se extendía delante de las murallas con los disparos de las armas láser. Aunque la máquina del Mechanicum no estaba diseñada para ser utilizada en combate, disponía, sin embargo, de un temible arsenal de armas defensivas. Sus enormes cadenas comenzaron a alejar a la máquina del combate mientras el rugido intermitente de las armas resonaba por encima de sus cabezas. Era un sonido curiosamente liso, casi llano, muy diferente al estruendo retumbante y explosivo de las ráfagas de disparos de bólter. Las piezas de artillería lanzaron una última andanada por encima de las murallas antes de dar media vuelta y acelerar a lo largo de la serpenteante carretera que atravesaba las montañas.

Remus se dio la vuelta y bajó de la muralla para unirse al sargento Barkha y a las mermadas filas de su escuadra de mando. Ithus, Helika y Pilus ya no estaban entre ellos, lo que había dejado a la escuadra peligrosamente escasa de efectivos, pero los escritos del primarca también tenían en cuenta esa posibilidad, y Remus requirió refuerzos de aquellas escuadras que no habían sufrido bajas durante el combate.

A su espalda, la Guardia de la Muerte llegó finalmente a la muralla y comenzaron a superarla mientras los defensores seguían huyendo. Cuando la última escuadra de ultramarines llegó a la cresta montañosa que se alzaba detrás de las murallas, Remus envió un chorro de datos en forma de transmisión codificada al adepto del Mechanicum que se encontraba en el interior de la gigantesca máquina de construcción. Pocos segundos más tarde, una serie controlada de explosiones hizo que las paredes del valle se derrumbaran en una enorme avalancha destructiva. Aquello era poco más que una táctica dilatoria. La Guardia de la Muerte atravesaría aquel obstáculo en poco tiempo, pero era más que suficiente de momento.

Barkha le dirigió un gesto de asentimiento mientras se retiraban hacia las montañas.

—Nos estamos quedando sin espacio para movernos —le dijo al capitán—. ¿Cree que hemos hecho lo suficiente para que se estrellen sin resultado contra las murallas de Castra Tanagra?

Remus no le contestó de inmediato. Los informes tácticos de las proporciones entre bajas propias y enemigas aparecieron en ese mismo momento en el visor del casco. Mostraban una serie de lecturas preocupantes, pero se mantenían dentro de los parámetros establecidos en las

condiciones que se habían previsto para aquel combate. Los datos de la situación estratégica general, procedentes del gran strategium, se filtraban a través de la información táctica y revelaban el punto hasta el que se había desangrado la Guardia de la Muerte en sus constantes asaltos a las fortificaciones de los Ultramarines.

—Eso parece. Los demás capítulos han cumplido bastante bien —le contestó Remus por fin.

—Pero no tan bien como nosotros, ¿verdad? —quiso saber Barkha.

—No, no tan bien como nosotros —le confirmó el capitán—. Nadie supera a la «Problemática Cuarta», ¿eh?

—No mientras yo tenga mando —le confirmó Barkha.

A Remus le agradó sobremanera el ánimo que mostraba su sargento, y le satisfizo oír una agresividad tan orgullosa en la voz del guerrero. Al parecer, el enfoque puramente doctrinal del primarca respecto a la guerra estaba resistiendo todos los posibles imprevistos caprichosos de la batalla.

Sin embargo, aquello no era más que un combate, y uno de los muchos oponentes a los que tendrían que enfrentarse.

Las verdaderas pruebas llegarían en el futuro.

Combate 136

La holopictografía trazada sobre la lustrosa superficie del proyector iluminaba con un brillo desagradable el resto del gran strategium. Provocaba unas sombras duras en las paredes relucientes y blanqueaba mucho todas las superficies a pesar de los colores de tonos intensos. El aire era espeso y estaba cargado con el olor de los aceites tóxicos y los ungüentos cáusticos que se quemaban en los incensarios del Mechanicum. Aquello apestaba a aceite de maquinaria mezclado con al menos una docena de sustancias venenosas, y aunque era una brujería propia del Mechanicum, era efectiva, sin duda alguna. Los guerreros de las legiones astartes soportaban aquellos efluvios sin mostrar que los afectaran en modo alguno, pero los mortales que se encontraban en el interior del gran strategium no dejaban de toser y de frotarse los ojos, que no paraban de lagrimear.

Remus Ventanus no sabía si eran lágrimas provocadas por las sustancias petroquímicas irritantes que ardían en los incensarios o al hecho de contemplar la destrucción de un mundo tan hermoso. Supuso que debía de ser una combinación de ambas situaciones.

Se quedó mirando la desolación de Prandium y deseó ser capaz de

llorar también. Era, con diferencia, el mundo más hermoso de Ultramar, pero sus bosques maravillosos, sus montañas, que parecían esculpidas, y sus lagos centelleantes estaban envueltos en llamas o cubiertos de humo y llenos de sustancias contaminantes.

Angron jamás había mostrado temor alguno a la hora de tomar medidas extremas en un combate, y había dejado que sus Devoradores de Mundos actuaran del modo más feroz imaginable. Remus le había oído decir a su primarca en una ocasión que la legión de Angron era capaz de lograr lo que otras no serían capaces, porque el Ángel Rojo estaba dispuesto a ir más allá que cualquier otra legión, de comportarse de un modo que cualquier código de guerra civilizado consideraría completamente abominable.

Tras ver lo que le había hecho a Prandium, Remus comprendió muy bien lo que había querido decir su primarca.

Aquello no era una guerra honorable, era una representación perfecta de la matanza y la destrucción. Sin duda, la gran obra del primarca jamás habría considerado llevar la guerra a unos extremos tan terribles.

Los Devoradores de Mundos habían desembarcado en Prandium después de un incesante y feroz bombardeo de saturación que había arrasado la mayor parte de sus ciudades de mayor tamaño y había incendiado el planeta de un polo a otro. Lo cierto era que había muy poco que se pudiera salvar, o que mereciera la pena hacerlo. Habían muerto millones de personas, y las explosiones de los diferentes tipos de munición habían dejado contaminada tanto la atmósfera como los mares durante milenios.

Sin embargo, Prandium seguía siendo un planeta valioso. Su órbita pasaba cerca del punto de salto interior, lo que significaba que quien controlara Prandium controlaría la entrada a Ultramar. Incluso si Prandium quedaba reducido a una roca arrasada y sin vida, seguía siendo un planeta de Ultramar, y ningún lugar por el que hubiera pasado Roboute Guilliman se entregaría sin presentar batalla.

Al ocurrir aquello tan poco tiempo después de la devastación provocada en el sol de Calth, Remus tuvo la sensación de que los mundos de Ultramar estaban siendo destrozados uno por uno. Igual que si se tratara de un antiquísimo estandarte medio deshecho que se hubiera sacado de unas de las criptas de estasis de la Fortaleza de Hera, todo el entramado que conformaba el tejido de Ultramar se estaba deshilachando. La invasión de Talassar, uno más de los feroces asaltos que estaba sufriendo el imperio de los Ultramarines, había sido rechazada. Los guerreros de

Mortarion habían extendido demasiado sus líneas al dejarse llevar por el aparente éxito de sus ataques, lo que había dejado expuestos sus flancos de un modo peligroso cuando se lanzaron finalmente a por la fortaleza montañosa de Castra Tanagra.

Las unidades de la 9.^a, la 4.^a y la 45.^a Compañías se habían encargado de defender la fortaleza, y cuando la Guardia de la Muerte se había lanzado al ataque, las pinzas envolventes de la 49.^a, la 34.^a, la 20.^a y la 1.^a Compañías contraatacaron y destruyeron por completo a las fuerzas enemigas. Había sido una victoria que les había levantado el ánimo, pero Remus era incapaz en esos momentos de ver cómo iban a poder repetir aquel éxito en una situación como ésta.

Alrededor del proyector, con los rostros ceñudos y tallados en granito, se encontraban los capitanes de catorce compañías de combate de los Ultramarines, junto a sus lugartenientes, sargentos mayores y sabios. Los logistas de batalla no dejaban de suministrar información al proyector, y los datos estratégicos en tiempo real mostraban un planeta desgarrado por la guerra.

Un mundo moría ante sus propios ojos.

—La 5.^a Compañía se está desplegando en sus posiciones —dijo el capitán Honoria, de la 23.^a—. La 17.^a se acerca para proporcionarle apoyo.

—Las fuerzas enemigas han trabado combate con la 25.^a —informó el capitán Urath, de la 39.^a.

—El flanco oriental de Adapolis está cediendo —comentó Evexian, de la 7.^a—. Atravesarán nuestras líneas en cuestión de horas. Voy a ordenar a la 43.^a y a la 37.^a que se replieguen.

—¿Están la 13.^a y 28.^a en posición para el ataque del norte? —preguntó Remus.

—Lo están —le confirmó Honoria—. La 3.^a, la 5.^a y la 9.^a de los Devoradores de Mundos están atacando con fuerza en los límites de la provincia Zaragossa. Si no enviamos refuerzos, podríamos perder todo el flanco occidental.

Remus rodeó el proyector caminando con las manos cruzadas a la espalda mientras buscaba algún defecto en el plan de batalla de Angron. Era el capitán de mayor rango de entre todos los presentes en el gran strategium, por lo que tenía el mando general de todas las fuerzas de los Ultramarines en Prandium, un nivel de mando jamás ostentado con anterioridad, pero había sido el propio primarca en persona quien había efectuado el nombramiento.

¿Por qué lo había elegido? Había otros capitanes en el gran strategium que tenían más experiencia en el mando que él. Remus y la 4.^a Compañía habían librado decenas de combates a menor escala, y en todas y cada una de las ocasiones habían salido victoriosos, pero esas batallas habían sido enfrentamientos a escala de compañías, con poco más que unos cuantos miles de guerreros bajo su mando.

Aquello era otro nivel de batalla completamente distinto. Estar al mando de la defensa de todo un planeta era algo para lo que Remus estaba entrenado, por supuesto, pero que, en realidad, jamás había llegado a hacer. Tenía las enseñanzas del primarca grabadas de un modo indeleble en la mente: opciones, variables, parámetros, líneas de combate, respuestas posibles y un millar de planes con los que se cubría cualquier posible eventualidad que se produjera en la guerra.

Había funcionado en Talassar, y Remus tenía que confiar en que funcionaría allí.

Se paró delante del proyector táctico y captó la situación estratégica con un solo vistazo. El movimiento de los ejércitos, de las divisiones y de las cohortes, un millar de elementos que conformaban la batalla por el planeta, era un entramado de avances feroces, de marchas de flanqueo, de batallas brutales y de aislamiento de las fuerzas enemigas. La 19.^a Compañía, que se encontraba en Pardusia, había quedado prácticamente destruida, y las unidades de los Devoradores de Mundos avanzaban por el norte a través de un paisaje arrasado y baldío, que antaño había sido una hermosa zona de pastos repleta de caballos salvajes que corrían libres y donde unas flores muy poco comunes, prácticamente extinguidas en el resto de Ultramar, habían florecido de nuevo formando caleidoscopios de colores gloriosos.

Los capitanes allí reunidos lo miraban fijamente, resentidos por verse obligados a enviar a tantos de sus hermanos a la muerte a fin de cumplir unas órdenes que rompían la cohesión de las líneas defensivas de los Ultramarines. Los arcos y los trazos de las posiciones de color azul serpenteaban por el mapa de forma aleatoria, y cada una representaba un bastión aislado de los Ultramarines, de las Fuerzas Auxiliares y de las unidades del Ejército Imperial que habían sido adscritas a la fuerza a la defensa del planeta.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán Ventanus? —quiso saber el capitán Honoria.

Remus se quedó observando el mapa e hizo pasar todos los datos de la situación por los filtros de la obra del primarca. Las órdenes pertinentes

aparecieron casi de inmediato, pero no tenían sentido. Comprobó de nuevo las conclusiones a las que había llegado, y aunque sabían que eran correctas, las comprobó una vez más.

—Ordenad a la 25.^a y a la 7.^a que recompongan sus líneas de vanguardia —indicó Ventanus—. La 17.^a deberá detenerse y mantener las posiciones.

—Pero la 5.^a... —protestó Urath—... quedará aislada si la 17.^a no le cubre el flanco.

—Hacedlo —le replicó Ventanus.

—¡Esos guerreros van a quedar condenados a una muerte innecesaria con esas órdenes! —exclamó Honoria al mismo tiempo que se agarraba con las dos manos al borde de la mesa proyectora—. No puedo quedarme quieto mientras contemplo cómo pierdes este mundo y los mejores y más valientes guerreros de la legión con esa serie de órdenes demenciales.

—¿Estás cuestionando las órdenes que he dado? —le preguntó Ventanus.

—Por supuesto que lo hago —le replicó Honoria, furibundo, antes de recuperar la compostura. El capitán de la 23.^a inspiró profundamente—. Sé lo que hiciste en Calth, Remus. Maldita sea, todos te respetamos por ello, y sé muy bien que te has convertido en uno de los favoritos del primarca. Sé que se ha fijado en ti para acometer grandes misiones, pero esto es una locura. Seguro que tú también lo ves.

—Si cuestionas mis órdenes, cuestionas al primarca —le respondió Remus con voz baja y tranquila—. ¿De verdad es ésa la postura que quieres asumir, Honoria?

—Yo no cuestiono nada, Remus —le replicó con un tono de voz prudente el capitán de la 23.^a, quien a continuación extendió el brazo para señalar la desastrosa situación táctica que se veía en la proyección de Prandium—. Pero ¿cómo van a poder estas maniobras detener a los Devoradores de Mundos? Los carniceros del Ángel Rojo están despedazando Prandium, y tú lo estás ayudando a hacerlo.

Remus se contuvo para no responderle. A pesar de estar más que de acuerdo con los sentimientos que embargaban a Honoria, tenía que confiar por completo en la idea de que el primarca sabía lo que debía hacerse. Intentar comprender una mente creada por la maestría genética del Emperador era algo más bien cercano a lo imposible. Los saltos de imaginación, de intuición y de lógica que el primarca podía realizar en sus procesos mentales eran inalcanzables, salvo para otro primarca. Pero incluso en este último caso, Remus dudaba que ninguno de los hermanos

de Roboute Guilliman fuese capaz de igualar su increíble capacidad de visión estratégica.

Sin embargo, lo que había planeado sólo podía funcionar con éxito si todos y cada uno de los engranajes de la maquinaria actuaban al unísono y en el mismo sentido. Honoria, a pesar de toda su valentía y honor, estaba afectando al funcionamiento de esa máquina, y no se lo podía permitir, no en estos momentos.

—Honoria, quedas relevado del mando —le dijo Remus—. Sal de este puesto y que tus lugartenientes ocupen tu lugar.

—Ventanus, espera... —empezó a decir Evexian.

—¿Quieres secundar lo que ha dicho Honoria? —le preguntó Remus.

—No, capitán Ventanus —le respondió Evexian, cambiando el tono de voz y haciendo una breve reverencia—. Sin embargo, hasta usted debe admitir que sus órdenes son un tanto... contradictorias. Lo sabe muy bien. Lo veo en su mirada.

—Lo único que yo necesito saber es que mis órdenes tienen la autorización directa del propio primarca —le contestó Remus—. ¿Alguno de vosotros se cree mejor que nuestro primogénito? ¿Puede alguno de vosotros proclamar que conoce las vicisitudes de la guerra mejor que nuestro propio primarca?

El silencio de la estancia le proporcionó a Remus toda la respuesta que necesitaba.

—Pues entonces, acatad mis órdenes —les dijo.

Prandium ardía. Los iconos de menor tamaño de los Ultramarines iban desapareciendo a medida que las unidades eran destruidas, y los llamativos iconos rojos de los Devoradores de Mundos se deshicieron lentamente, como gotas de sangre. Ni una sola parte de Prandium quedó indemne. Los hermosos bosques de las provincias meridionales se convirtieron en desiertos de cenizas atómicas; las montañas cristalinas del este quedaron cubiertas por los restos tóxicos que tardarían milenios en disiparse. Las gloriosas ciudades de enormes estructuras de mármol cubiertas de oro y de plata quedaron arrasadas y en ruinas, convertidas en escombros por los bombardeos orbitales que las borraron de la faz del planeta como si nunca hubieran llegado a existir.

Lo que había comenzado siendo un conflicto a escala planetaria degeneró en un millar o más de batallas libradas entre grupos de combate aislados. Las distintas fuerzas de los Ultramarines luchaban a pocos kilómetros unas de las otras, pero bien podrían haberse encontrado en

planetas distintos si se tenía en cuenta el nulo apoyo que podían ofrecerse entre ellas. Remus tuvo la sensación de que su ánimo se hundía. Ya se arrepentía de la decisión que había tomado cuando le ordenó a Honoria que cediera el mando a sus lugartenientes en el escalafón superior del gran strategium. ¿Acaso no había hablado con Barkha del valor intrínseco que era disponer de un individuo quisquilloso? ¿No necesitaba todo comandante una voz disidente que lo obligara a cuestionarse sus decisiones?

Buscó por todo el mapa de despliegue táctico alguna señal de esperanza mientras se preguntaba dónde se había equivocado. ¿Podría haberlo hecho de otro modo? ¿Qué aspecto de las enseñanzas del primarca no había sido capaz de ver? Había reaccionado a todos y cada uno de los cambios de situación con una aplicación rigurosa de las nuevas doctrinas, y a pesar de ello, Prandium se encontraba a punto de escapárseles de las manos para siempre.

—Que avance la 13.^a —ordenó cuando su memoria automática recordó otra de las lecciones del primarca—. Reforzad la 17.^a, y que la 11.^a se reagrupe para flanquear el avance de las unidades de los Devoradores de Mundos que se dirigen hacia Thardonis. Que avancen hasta entrar en combate y que detengan el ataque de esas unidades enemigas.

—A sus órdenes —contestó Urath.

—Que el 8.º Grupo de Combate se repliegue hasta los límites de la provincia Ixiana. Las unidades del Mechanicum lo cubrirán, y que los zapadores construyan una serie de fortificaciones temporales —añadió Remus a medida que nuevas variables tácticas aparecían en su precisa memoria.

Comenzó a aparecer un patrón, y Remus se dio cuenta de lo precarias que eran las posiciones de los Devoradores de Mundos. Llevarlos hasta ese punto había costado mucha sangre y muchas vidas, pero sólo en ese momento se percató Remus del equilibrio tan delicado que había tenido que soportar aquella estrategia a gran escala.

—Para lograr la mayor victoria, uno debe tomar los mayores riesgos —le había dicho el primarca en los desiertos radiactivos de Calth.

—Vos nunca corréis riesgos —le había replicado Remus.

—No que tú sepas —respondió a su vez Guilliman.

A medida que la multitud de variables tácticas que aparecían en el mapa proyectado se agolparon en los centros de procesamiento de la conciencia de Remus, las respuestas y las maniobras necesarias para responder a las amenazas le asaltaron de forma directa a la mente. Había oído decir que los mejores generales eran los que cometían el menor

número de errores, pero aquello era una de las mayores estupideces. Los mejores generales eran los que planificaban la batalla previendo todas y cada una de las posibles variables y que sabían con exactitud cómo combatirían y reaccionarían sus enemigos. Al ver la belleza asombrosa y la complejidad de las estratagemas que se estaban desarrollando ante sus propios ojos, Remus supo, sin duda alguna, que Roboute Guilliman era uno de esos generales.

Las palabras prácticamente le salieron solas de la boca, como si él no fuera más que un hilo conductor que utilizaran para tomar forma.

—Que el Grupo de Combate Última reagrupe su vanguardia a lo largo del río Axiana. La 9.^a y 25.^a deben cambiar la dirección de su avance, hacia el nordeste, hacia las coordenadas seis nueve alfa ocho tres delta.

Los capitanes obedecieron las órdenes de inmediato, pero Remus todavía no había acabado. Las órdenes continuaron surgiéndole de la boca, y cada una salió disparada como si fuera un dardo venenoso dispuesto a clavarse en el corazón del comandante enemigo. Sus subordinados apenas fueron capaces de mantener su ritmo a medida que enviaba órdenes de maniobra al campo de batalla con una rapidez pasmosa. En todos los rostros aparecieron muestras de confusión, pero a medida que las posiciones de las unidades de los Ultramarines comenzaban a cambiar tras cumplirse las órdenes de Remus, el capitán vio que esas expresiones de confusión se veían sustituidas por gestos de asombro.

Un puñado de iconos rojos situados en el centro de los Territorios Praxos que representaban al grupo de combate más importante de los Devoradores de Mundos, se vieron de repente rodeados por todas partes cuando las unidades de los Ultramarines, unos minutos antes aisladas, convergieron y se cerraron igual que las mandíbulas de una trampa para dejarlas encerradas en el interior de una zona de exterminio mortífera. Otros pocos minutos después, esos iconos comenzaron a parpadear y a desaparecer cuando la potencia de fuego combinada de tres compañías de los Ultramarines acribilló la zona con fuego de artillería, con andanadas masivas de bólteres y con oleadas de salvas de fuego pesado procedente de las unidades de devastadores astutamente escondidas.

Las cohortes de Devoradores de Mundos que se encontraban por todo Prandium se vieron rodeadas de repente y aisladas entre sí después de que su agresividad insensata las hubiera llevado de cabeza hacia las armas de los Ultramarines. El efecto fue similar al de un millón de piezas de dominó colocadas de un modo aparentemente aleatorio y que al caer crearan una obra maestra de energía cinética en funcionamiento. Las compañías

de Ultramarines que estaban replegándose de forma apresurada giraron en redondo para unirse a sus hermanos y encerrar a los Devoradores de Mundos en una serie de trampas mortíferas de las que no había escapatoria posible.

Las unidades de los Ultramarines se movieron bajo las órdenes de Remus como si aquello fuera la más grácil de las representaciones de baile, y se desplazaron juntas con una armonía sin tacha alguna. Se habían convertido en una máquina de matar elegante y de diseño impecable. Uno por uno, los iconos rojos de los invasores fueron desapareciendo, mientras que los de los Ultramarines se mantuvieron en un intenso color azul. Los indicadores de bajas propias comenzaron a descender hasta que finalmente quedaron en cero, mientras que los Devoradores de Mundos continuaron muriendo.

Todas las batallas se acabaron en menos de una hora, y Prandium quedó salvado.

—No me lo puedo creer —musitó Urath mientras iban llegando los informes procedentes de todas partes del planeta que indicaban los campos de batalla donde la victoria ya era segura.

—Es que no parece posible —murmuró Evexian—. De un modo tan rápido, tan feroz...

Lo cierto era que a Remus también le estaba costando creer que el final de la invasión hubiera llegado con tanta rapidez. Una cosa era confiar en la visión del primarca por su gran obra, y otra muy distinta verla en acción.

—¿Qué nivel de efectividad operativa tenemos? —quiso saber Remus.

Sus capitanes se apresuraron a reunir la información y filtraron los datos que llegaban desde los diferentes campos de batalla, desde las listas de bajas hasta el gasto de munición y el porcentaje de degradación de las distintas unidades. Todos aquellos informes aparecieron en el mapa proyectado. Unos cuantos aparecían en color rojo y algunos menos en naranja, pero la mayoría de ellos mostraba un tranquilizador color verde. Urath resumió todo aquel flujo de información, pero a Remus no le hacía falta que le interpretaran los datos. Los resultados visuales eran lo suficientemente claros.

—El setenta y siete por ciento de las unidades desplegadas informan de una disponibilidad inmediata para entrar en combate con toda efectividad —declaró Urath—. Un ocho por ciento indican que su estado de efectividad es mínimo o inseguro, y un trece por ciento se encuentran en un nivel peligroso de efectividad como unidad de combate. Sólo un dos por ciento informan de su nula efectividad combativa.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos... —declaró Evexian, diciendo en voz alta lo que todos pensaban.

—¿Y todo esto es gracias a la obra del primarca? —le preguntó Urath.

—¿Es que acaso lo dudabas? —le respondió Remus.

—Pues sí, maldita sea, Remus, tuve dudas en algún momento —le replicó Urath al mismo tiempo que se secaba el sudor de la frente—. Si debo recibir una amonestación por ello, que así sea, pero temí que hubiéramos perdido Prandium, y además, con buena parte de la legión.

—Pues es prácticamente como si hubiéramos perdido Prandium —declaró Evexian con una voz cargada de amargura—. Mirad lo que esos cabrones le han hecho a la Hermosa Doncella de Ultramar. ¿Cómo va a recuperarse ningún planeta de semejante castigo?

—Los mundos de Ultramar son más duros que la mayoría de los demás, Evexian —le contestó Remus antes de dejar escapar un largo suspiro y sonreír por la victoria que acababan de conseguir—. Prandium puede recuperarse de esto, y florecerá con más belleza incluso que antes. Confía en mí cuando te digo que hará falta algo más que los carniceros de Angron para apagar su brillo.

Combate 228

—No me gusta esto —declaró el sargento Barkha—. Tengo la sensación de estar volando dentro de una lata de comida. Podría abrir este fuselaje de un salivazo.

—Eso es porque puedes escupir ácido —le recordó Remus—. No hay muchos cascos o fuselajes en los que no pudieras abrir un agujero con tu saliva.

—Los dos sabemos a qué me refiero.

—Sí, lo sé, pero yo de ti no me preocuparía. La Thunderhawk es un diseño con una función provisional. No durará mucho en servicio.

—Bien —asintió Barkha al mismo tiempo que miraba a su alrededor, al interior burdo de metal estampado de la cañonera, que no dejaba de estremecerse.

Las vigas metálicas que formaban el costillar de la nave estaban al descubierto, y también se veía el entramado de cables, sujetos en manojos, que serpenteaban de un extremo a otro del fuselaje con forma de rectángulo. Ultramar se encontraba muy lejos de los centros de producción de los mundos forja del Mechanicum, y la 13.^a Legión acababa de

recibir hacía muy poco una flotilla de las nuevas cañoneras. A Remus le molestaba mucho ver la premura, las especificaciones de escasa exigencia, la falta de calidad en el acabado que habían dado como resultado el diseño y la producción de aquella aeronave.

Ningún ingeniero o artesano se había dignado a ponerle nombre a aquel artefacto, algo que no sorprendía en absoluto a Remus. Aquella aeronave mostraba todas las características de ser una pieza montada en serie por una cadena de servidores, y el hecho de que se viera obligado a poner su vida en manos de aquel cacharro no hacía que se sintiera mejor. Habían grabado con ácido el símbolo del Mechanicum en la mampara que tenía al lado, y Remus lo tocó para que le trajera buena suerte.

—Lo he visto. ¿Supersticioso?

Hizo la pregunta con un tono de voz despreocupado, pero Remus captó la advertencia implícita en ella, la sugerencia de que debía escoger con cuidado cuál sería su respuesta. Barkha tendría todo el derecho a condenar a un oficial superior por conducta impropia de un guerrero ultramarine. Incluso allí, en mitad de una situación de combate.

Sobre todo, en una situación como aquélla.

—No, pero me reconforta saber que el Mechanicum considera esta nave tan segura como para marcarla con su símbolo.

—Probablemente es lo único que mantiene de una sola pieza a este cacharro —comentó Barkha al mismo tiempo que la aeronave viraba para esquivar uno de los silos agrícolas quemados por el sol de Quintarn. Los haces de luz que entraban a través de los paneles de visión engastados en el fuselaje de la nave giraron con el movimiento, y Remus sintió que algo se desprendía de la parte inferior de la cañonera. ¿Había sido un impacto, o un fallo mecánico? Se sobresaltó cuando la nave de desembarco descendió de golpe y una de las alas pasó a un metro de la superficie plateada de uno de los silos.

—Objetivo a proa —dijo una voz por el comunicador interno.

La voz sonó tensa por el esfuerzo de mantener en un rumbo firme la aeronave, que no dejaba de saltar. El tono también le indicó a Remus lo que el piloto pensaba sobre el nuevo tipo de aeronave. Un Stormbird tenía cierto peso propio, una solidez que convertía en un placer pilotarlo, y un medio de transporte seguro para llevar hasta donde fuera necesario a los feroces guerreros de la legión.

Remus conectó los visores internos del casco con los pictógrafos delanteros, montados en la proa de la cañonera. Gracias a ello vio con claridad la simetría prístina de Idrisia, una de las ciudades hidropólicas agrícolas

más importantes de Quintarn. Aunque estaba pensada de un modo pragmático para servir como centro de recogida de cosechas y de su posterior manufactura, la ciudad seguía siendo bella a su manera, con unas torres majestuosas, unos hangares levantados sobre columnas y unos edificios con fachadas de mármol. La estructura de las calles estaba impregnada de su propósito, una combinación magistral de funcionalidad y estética. Como había hecho con la mayoría de las cosas de Ultramar, el primarca había volcado su genio en el diseño y la construcción de ciudades.

Era una pena que no se hubiese involucrado en el diseño de aquella aeronave.

Las fortificaciones enemigas en el interior de la ciudad estaban marcadas en color rojo, y Remus se dio cuenta de lo profundamente que habían clavado sus garras en la metrópolis. Aquel enemigo en concreto destacaba por su habilidad en los combates urbanos, y tendía a emplear armamento que era más eficaz a corta y media distancia, y que era capaz de atravesar cualquier cobertura como si no existiera en realidad.

Aquella sería la batalla más difícil de todas. Las demás los habían llevado hasta el borde de la derrota antes de que la gran obra del primarca demostrara toda su valía. Lo había hecho una y otra vez, en un combate tras otro. La 4.^a Compañía ya no era la única equipada con el increíble logro del primarca. Mientras la compañía de Remus se acercaba mediante aquel asalto aéreo, otras compañías se enfrentaban en otras batallas a los mismos enemigos que ocupaban Quintarn.

Sin embargo, Remus estaba seguro de que tanto él como sus guerreros serían los que sufrirían el escrutinio más atento para determinar si las enseñanzas del primarca habían quedado grabadas en sus mentes.

Remus y los suyos eran conocidos en algunos círculos como la «Problemática Cuarta», una compañía famosa por sus tácticas atrevidas, sus locuras heroicas y la valentía personal de todos y cada uno de sus guerreros. Si se lograba que la obra del primarca quedara embebida en la psique de la 4.^a Compañía, quedaría embebida en cualquier unidad de combate.

Y después de Calth...

Allá donde iba la 4.^a Compañía, las demás compañías la seguían.

Remus cortó la conexión táctica con los pictógrafos de proa cuando la cañonera se estremeció de nuevo y el piloto viró hacia un lado para comenzar una serie de maniobras de evasión que le revolviéron el estómago. La luz de desembarco que había sobre la rampa de asalto delantera pasó de rojo a verde, y Remus dio una palmada en el mecanismo de

apertura del arnés de gravedad. El cierre se abrió de inmediato y el sistema subió hasta quedarle por encima de la cabeza. El capitán se apresuró a sacar el bólder del hueco de seguridad que tenía a un lado. Quizá la Thunderhawk era un trozo de chatarra volante, pero los espacios de almacenamiento, distribuidos de un modo muy inteligente, hacían que al menos fuese funcional.

—¡Cuarta! ¡Desembarco en quince segundos! —gritó Remus.

El interior de la Thunderhawk lo ocupaban treinta guerreros. Se trataba de una fuerza capaz de enfrentarse a cualquier oposición con un elevado grado de certeza de que destruirían a la fuerza enemiga. Sin embargo, a Remus le resultaba extraño entrar en combate sin tener al menos a cincuenta guerreros a su espalda. La guerra no consistía en ser justos o en reconocer el honor que tenía tu oponente, sino en aplastarlo por completo con una fuerza abrumadora. Pocos enemigos serían capaces de sobrevivir al ataque de cincuenta guerreros de los Ultramarines.

Era cierto que tampoco muchos lo harían frente al ataque de treinta, pero aquel asunto todavía lo irritaba.

Remus se colocó en su posición delante de la rampa de asalto mientras el zumbido de la cañonera cambiaba de tono debido a que el piloto la mantenía inmóvil en el aire aullando a toda potencia. La rampa bajó, y el calor seco de la piedra abrasada y el metal quemado invadió el interior del compartimento. A pesar de la intensidad de esos olores, no eran rivales para el hedor de los fertilizantes sintéticos, los aditivos químicos del suelo, el fuerte olor a tierra removida y los miles de hectáreas de cosechas. Remus salió a la carga seguido por sus guerreros, que formaron unas escuadras perfectamente alineadas a ambos lados de su comandante. Todos los guerreros se desplegaron avanzando semiagachados para evitar los chorros ardientes de los cohetes de la Thunderhawk.

Se encontraban sobre un tejado que tenía la superficie ennegrecida y que apestaba a combustible quemado. En los parapetos de aquel tejado yacían varios cuerpos inmóviles cubiertos con armaduras de color verde, y Remus vio numerosos tubos lanzamisiles entre los restos de los caídos.

—Bajas de aterrizaje —comentó Barkha, siguiendo la dirección de su mirada.

—Cierto —admitió Remus.

No se había percatado de los disparos de las armas de proa de la Thunderhawk, pero supuso que era lo más normal. Efectuar un desembarco de asalto en una zona de aterrizaje y en mitad de un combate era una maniobra difícil y peligrosa, pero los cañones de la Thunderhawk habían

eliminado de un modo eficiente a todos los contactos hostiles del punto de inserción. Casi se detuvo en seco al pensar de nuevo en aquel último detalle. Había sido muy fácil dejarse llevar por la inmediatez de los combates anteriores, pero aquella operación era muy diferente.

—¿Ocurre algo, capitán? —le preguntó Barkha—. Debemos continuar en movimiento. Los hemos pillado por sorpresa, pero eso no durará mucho.

—Estoy bien —le aseguró Remus antes de echar un último vistazo a los cuerpos.

Movió la cabeza con gesto de pesadumbre. Lo impensable se había convertido en una amenaza muy real, y tenía el compromiso moral de no olvidar en ningún momento lo que estaba en juego. No importaba quiénes eran el enemigo. Lo único que importaba era el resultado final. Los Ultramarines tenían que luchar, y tenían que vencer.

Nunca había habido tanto en juego.

La victoria aseguraría la supervivencia de lo más valioso de la galaxia.

La derrota provocaría que desapareciera del todo y que jamás se volviera a ver.

Remus apartó aquellos pensamientos de la mente, ya que no le servían de ninguna utilidad en aquel combate. Era un capitán de los Ultramarines, y tenía una misión que cumplir. El puesto de mando del enemigo se encontraba en ese mismo edificio, y tomarlo era una pieza clave de la estrategia general del primarca. Las semanas de exploración, de descifrado de códigos y de estudios de los combates ya librados habían permitido a los planificadores estratégicos de los Ultramarines determinar los despliegues más probables de centros de mando y de control del enemigo. El resultado de la guerra en Quintarn seguía en la cuerda floja, por lo que había llegado el momento de utilizar esa inteligencia predictiva.

Los elementos blindados asaltaron las primeras líneas de los defensores atrincherados, y al mismo tiempo, Remus encabezó el ataque de sus treinta guerreros para decapitar con un golpe preciso la estructura de mando enemiga. Las transmisiones codificadas que habían interceptado indicaban que el comandante enemigo de mayor rango se encontraba en la zona, y era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

Remus se sabía de memoria la estructura del edificio, y dirigió a sus guerreros hacia el fortín blindado que albergaba la escalera que llevaba hasta el claustro superior. Se mantuvo encorvado y pegado al parapeto, con el bólder apuntado hacia la puerta. No tenía sentido que el enemigo se atreviera a salir, pero no se trataba de Ultramarines, por lo que, ¿quién

podía saber hasta qué grado de comportamiento suicida podrían llegar?

Se detuvo al lado de una serie de tuberías de compresión. El metal estaba muy caliente al tacto, y de la superficie caían pequeños hilos de gotas provocadas por la condensación. Sus guerreros acabaron de colocarse en sus posiciones, listos para asaltar el fortín, y él aprovechó para echar un vistazo por encima del parapeto en ángulo del borde del tejado.

La ciudad se extendía a su alrededor. Las torres cubiertas de metal y los silos resplandecientes relucían como la plata bajo el tremendo brillo del sol. Los guerreros ultramarines formaron con rapidez un perímetro defensivo mientras la Thunderhawk se elevaba, impulsada por unos motores rugientes, con un sonido semejante al de una tormenta. Remus observó cómo se alejaba para colocarse en formación con otras dos docenas de naves idénticas. Varios rayos láser cegadores surgieron de la superficie del planeta en dirección a las aeronaves. Las baterías de armas ocultas acribillaron el cielo y media docena de Thunderhawk sufrieron impactos. Las naves alcanzadas se separaron de la formación y describieron una serie de arcos sinuosos mientras se desplomaban hacia el suelo.

Remus no se quedó a contemplar cómo caían, sino que avanzó hacia el fortín situado en el centro del tejado. La compuerta de acceso era blindada, y con toda seguridad, estaría sellada de un modo estanco, pero eso no representaría problema alguno para su equipo de asalto. No le hizo falta dar órdenes. Ya había informado de todos los detalles de la operación a sus guerreros antes del despegue, y cada uno de ellos sabía muy bien cuál era la tarea que tenía encomendada, y no sólo eso, sino que siguiendo las indicaciones de la gran obra del primarca, cada guerrero sabía qué misión tenía encomendada cada uno de sus hermanos. Si alguno de ellos caía, cualquiera de ellos podría tomar su puesto y su responsabilidad.

Avanzó a la carrera con el bólter apoyado en el hombro. Distinguió los sonidos de los combates que se estaban librando en los demás edificios, el estampido seco de los bólteres y el sonido líquido y rugiente de las unidades lanzallamas enemigas. Remus frunció los labios en un gesto de desprecio. Quizá esas armas serían suficientes para atemorizar a la escoria alienígena, pero apenas representaban una amenaza para unos guerreros protegidos por las mejores armaduras creadas en las forjas de los maestros armeros de Macragge.

El sargento Archo y el hermano Piler se acercaron a la carrera a la compuerta blindada. Colocaron una serie de cargas perforantes en las bisagras y en la cerradura con una rapidez fruto de la práctica. Los cables detonantes se deslizaron entre los dedos de los guanteletes cuando los guerreros se

apartaron para tomar posiciones a cubierto a ambos lados de la compuerta. Remus hizo un gesto de asentimiento, y una breve y silenciosa descarga de datos provocó la detonación de las cargas. La compuerta se dobló hacia dentro como si hubiera recibido el golpe de un puño invisible de proporciones gigantescas. Remus y Barkha corrieron hacia ella y le propinaron varias patadas. La superficie metálica acabó de ceder y se dobló casi por la mitad ante la tremenda fuerza de los golpes.

La compuerta retorcida cayó hacia el interior, y otros dos ultramarines lanzaron un puñado de granadas a través del agujero cubierto de humo, antes incluso de que la puerta chocara contra el suelo. El eco de una serie de explosiones, curiosamente amortiguadas, como el estampido de unos cuantos petardos, les llegó desde el fondo. Barkha dio un paso hacia el umbral destrozado, pero Remus alzó un puño, con lo que les indicó a todos los guerreros que mantuvieran las posiciones.

Un chorro de fuego líquido surgió rugiente del interior del fortín. Su poder abrasador envolvió todo el tramo de escalera del otro lado de la compuerta. La tormenta de fuego atravesó el umbral, pero antes de que el arma tuviera ocasión de disparar de nuevo, Remus le hizo un gesto de asentimiento a Barkha. El sargento se asomó por el hueco y descargó una larga ráfaga de bólter en fuego automático hacia la zona inferior de la escalera. El sonido fue ensordecedor, y el eco resonó por todo el interior, que quedó iluminado por los destellos estroboscópicos de los disparos.

Barkha bajó a toda velocidad por la escalera y su escuadra lo siguió de inmediato. Remus encabezó el descenso de la segunda escuadra, y el sargento Archo formó a sus guerreros detrás de él. Todas las superficies del interior de la escalera estaban ennegrecidas y quemadas, como si el hueco hubiese sido el tubo de eyección de magma de un volcán.

«Eso debería hacer que esos cabrones se sintieran como si estuvieran en su casa», pensó Remus.

Abandonó la escalera y entró en un claustro amplio que recorría todo el interior de la estructura. El edificio en sí era poco más que un rectángulo con un patio interno de unos cincuenta metros de ancho y unos cien de largo. De la zona inferior llegaba el estampido y el eco de los disparos. Era evidente que el enemigo intentaba de un modo desesperado reorganizar y reagrupar sus defensas. Remus vio tres vehículos de mando, dos Rhino y un Land Raider. Cada uno de ellos estaba cubierto por un bosque de antenas de comunicación situadas en su parte superior. Los vehículos estaban pintados de color verde oliva, y en las compuertas laterales mostraban el blasón de una cabeza de dragón negro.

—¡Archo, por la izquierda, Barkha, por la derecha! —gritó el capitán.

La orden fue innecesaria, porque ambos sargentos sabían muy bien lo que debían hacer. Habían leído en el tratado del primarca los puntos relativos a aquellas clases de asalto, y no les hizo falta que Remus se lo recordara. Varios guerreros de armadura verde surgieron de unas estancias que se encontraban un poco más allá en el propio claustro. Salieron con las armas en la mano, pero ya era demasiado tarde.

Los ultramarines acibillaron todo el lugar con los disparos de los bólter, y fue tal la potencia de fuego desplegada que ni siquiera una armadura forjada por un maestro armero podría resistirla durante mucho tiempo. Remus disparó el bólter mientras avanzaba, y compensó el peso adicional que llevaba en la parte inferior del arma. Preparó los hombros para el retroceso del disparo, pero lo hizo de un modo automático, antes de recordar que no hacía falta. Los dos guerreros que tenía delante de él cayeron. Uno se desplomó por encima de la balaustrada y se estrelló en el patio inferior, y el otro simplemente se derrumbó con un efecto mucho menos dramático.

Remus se arrodilló al lado del cuerpo y estudió con detenimiento la armadura y los símbolos que la cubrían. Los dragones de grandes filas de dientes sobre los campos de fuego, unidos a los símbolos del martillo y de la forja, creaban una sensación terrenal y prometeica. Era demasiado feroz, demasiado «idólatra» para ser imperial. Tenía todo el aspecto de una cultura salvaje que hubiera sido elevada hasta la civilización, pero que en realidad jamás hubiera sido civilizada del todo.

Salamandras. Hasta el nombre tenía una cierta consonancia bárbara. Era una legión bautizada con el nombre de los legendarios monstruos capaces de escupir fuego de una era ya olvidada. Era un nombre que no tenía dignidad alguna, y Remus negó con la cabeza ante su naturaleza visceral y primitiva.

—¿Cómo te sientes al saber que vas a morir siendo mi enemigo? —le preguntó al salamandra.

—Igual que cuando morí siendo tu hermano —le replicó el guerrero un momento antes de que la cabeza se le inclinara hacia un lado.

Remus se limitó a asentir antes de dejar de prestar atención al guerrero caído.

La imagen del visor cambió para mostrarle la situación táctica. Sus guerreros habían ocupado todos los niveles superiores del edificio y se estaban abriendo paso sin dejar de luchar hacia las zonas inferiores. Lo repentino del ataque había pillado desprevenidos a los Salamandras, pero

a aquellos adoradores del fuego todavía les quedaba espíritu de lucha. Remus comparó la situación táctica del combate con el recuerdo preciso que tenía de la obra del primarca, y vio de inmediato cómo iban a conseguir abrir una brecha en las defensas.

—Sargentos, la escalera de la zona norte está a punto de caer. Archo, quiero a tu escuadra en el claustro de la parte sur. Lanza una cortina de fuego de supresión contra esos tanques y los guerreros enemigos desplegados en el patio. Barkha, tú y yo entraremos por el norte mientras Archo les hace mantener la cabeza agachada.

—Entendido. Me sitúo en posición —le confirmó el sargento Archo.

Remus condujo a sus guerreros alrededor del claustro. Desde la parte inferior llegaron chorros de llamas, y varias granadas repiquetearon tras pasar por encima del parapeto. Los ultramarines se apresuraron a arrojarlas de nuevo hacia abajo, y los salamandras no tardaron en aprender que debían esperar y lanzar las granadas en el último momento. Remus mantuvo la cabeza agachada cuando un puñado de granadas estalló contra una pared un poco por delante de su posición de avance. Dos de sus guerreros cayeron con la armadura chirriando mientras se desplomaban contra el suelo. Notó la tremenda fuerza de la onda expansiva que pasó a alrededor de él, pero eso no fue suficiente como para apartarlo del combate.

—¡Adelante! —aulló—. ¡Arriba y adelante!

Los ultramarines se irguieron y se lanzaron a la carrera hacia la escalera. Remus vio a los guerreros de Barkha al otro lado, y al dar la vuelta a la esquina se tropezó con los elementos de avanzada de la escuadra del sargento, que ya estaban acribillando el fondo de la escalera con las ráfagas de los bólteres. Barkha dobló la esquina del lado opuesto del claustro al mismo tiempo, y ambos tomaron posiciones en la parte superior de la escalera.

—¿Resistencia? —le preguntó Remus.

—Mínima, y acabamos con rapidez con el enemigo —le respondió rápidamente el sargento.

—Atacamos en tres, dos, uno...

Casi como si los hubieran estado esperando, una serie de armas pesadas vomitaron una sucesión de andanadas desde el otro lado del claustro. El estampido rugiente de los bólteres pesados llenó el aire del patio, seguido de inmediato por el silbido aullante de los misiles. Los disparos procedentes de la parte inferior de la escalera disminuyeron casi de inmediato. Remus dobló la esquina del rellano y bajó de dos en dos los pelda-

ños de la escalera que llevaba al patio. Un salamandra apareció en el hueco inferior. Todo el umbral relucía por el chisporroteo del residuo llameante que había dejado la cabeza explosiva especialmente modificada de los misiles. El salamandra apuntó hacia Remus el rifle de fusión que empuñaba, pero un disparo de Barkha le impactó de lleno en la cabeza y lo hizo salir despedido de espaldas hasta desaparecer de la vista. Otro salamandra disparó su arma asomando tan sólo la bocacha del cañón, pero sus disparos fueron muy imprecisos. La armadura de Remus indicó que había sufrido un impacto en el hombro derecho, pero fue un golpe de refilón, sin la fuerza necesaria para detener su ataque.

Remus entró en tromba en el patio disparando ráfagas precisas y certeras contra los guerreros que se encontraban al descubierto. El enemigo estaba agazapado detrás de los vehículos para mantenerse a cubierto de los disparos de la unidad de Archo, que llegaban desde arriba, pero esas posiciones los dejaban peligrosamente expuestos por la retaguardia, por lo que abatió a dos oponentes con tres ráfagas. El tercer salamandra recibió los impactos de los proyectiles, pero no cayó. Alzó su arma, un cañón de plasma ennegrecido por los disparos, y Remus apretó de nuevo el gatillo, pero el percutor del bólter golpeó en vacío.

Se maldijo a sí mismo por la falta de disciplina de disparo y corrió para ponerse a cubierto detrás de uno de los Rhinos inutilizados.

Sin embargo, antes de que su enemigo pudiera disparar el cañón de fusión, un misil estalló en el suelo a su lado, y la onda expansiva de la explosión derribó al salamandra. Remus casi se estampó contra el costado del Rhino cuando llegó corriendo para ponerse a cubierto, y se sintió agradecido de que al menos uno de los marines de apoyo de la escuadra de Archo hubiera pensado en guardar un disparo por si acaso se producía algún acto de temeridad en la 4.^a Compañía. Sonrió. Ni siquiera todo un volumen de enseñanzas del primarca era capaz de borrar por completo el espíritu propio de la Problemática Cuarta.

Remus cambió el cargador del arma y revisó la zona batida por las ráfagas de disparos en que se había convertido el patio interior. Buscó con la vista las insignias o cualquier otro símbolo que indicara un rango superior de mando. Distinguió grabados de dientes, amuletos de dragones y diversos símbolos de forja, pero no vio nada que se pareciera a una progresión lógica de insignias de rango. Lo habían instruido sobre el sistema de insignias de los Salamandras, pero no vio entre ninguno de los muertos nada que indicara la presencia de un comandante de rango elevado.

¿Serían erróneas las deducciones a las que habían llegado con la información de la que disponían?

Descartó de inmediato aquella idea. Pensar que Roboute Guilliman se podía haber equivocado en algo iba más allá de lo ridículo. Sería algo herético, lo que, dado el combate en el que se hallaba inmerso, también se convertiría en una tremenda ironía. Volvió a concentrarse en el campo de batalla, ansioso por cumplir con éxito la misión. Hasta ese momento, la 4.^a Compañía poseía la hoja de servicio más brillante de todas las compañías de la legión, y no estaba dispuesto a manchar ese historial con la vergüenza de una derrota.

Los dos Rhino de los Salamandras aparecían como fuera de combate en su visor, y las instalaciones del centro de mando y control estaban destrozadas más allá de cualquier posible reparación. Sin embargo, el poderoso Land Raider, de costados como paredes rocosas, simplemente estaba fuera de servicio. Las armas no estaban operativas, y una de las unidades oruga había sufrido un impacto que la había debilitado. El vehículo no iba a ponerse en marcha en ningún momento, pero quien estuviera dentro estaba vivo casi con toda certeza.

Como si quisiese confirmar aquello, el Land Raider giró sobre su propio eje. La única oruga en funcionamiento trituró la superficie de las losas hasta convertirlas en un polvillo fino debido al peso monstruoso del vehículo. La rampa frontal de asalto descendió y de su interior emergieron tres figuras, unos titanes entre mortales, unos gigantes para los simples humanos.

Exterminadores.

Remus ya había visto armaduras de exterminador durante la batalla de Calth. Eran unos petos de combate tan enormes que parecía imposible que nadie fuera capaz de llevar puesto uno. Tal era la novedad y la complejidad de aquel tipo de armaduras que sólo unos pocos ultramarines de la 1.^a Compañía habían recibido entrenamiento en su uso. Además, tan sólo había armaduras suficientes para equipar a unos pocos centenares de guerreros de la 1.^a Compañía, ya que las naves de carga del Mechanicum que los transportaban acababan de llegar a Macragge cuando también llegó la noticia de la matanza de Isstvan V.

Cada exterminador era un coloso cubierto por grandes placas de armadura, y les sacaba una cabeza y los hombros a los ultramarines. Esas gruesas placas blindadas resistían las ráfagas de proyectiles de bólter como si fueran simples gotas de una llovizna. Remus ya había visto el efecto que había tenido aquel tipo de guerreros en los Portadores de la Palabra, pero

enfrentarse a ellos era una nueva experiencia para él, una que no le gustaría en absoluto repetir.

Uno de esos guerreros enemigos llevaba puesta una capa de cota de malla de color verde oliva sobre la hombrera izquierda, y llevaba acoplado al casco el cráneo de enormes colmillos de una bestia desconocida, lo que le confería un extraño aspecto alienígena, el de un guerrero bárbaro. En una mano empuñaba un gigantesco martillo de proporciones desmesuradas cuya cabeza estaba envuelta en un halo de energía. Con la otra mano sujetaba un escudo con la forma de la insignia honorífica, una cruz de brazos triangulares tan anchos que prácticamente conformaban un cuadrado que le otorgaba el derecho a llevar una armadura tan aterradoramente poderosa.

Otros dos guerreros acompañaban a aquel oficial de aspecto tan brutal; sin duda, el comandante de aquel destacamento de salamandras. Cada uno de ellos era un tanque de forma humanoide equipado con un puño de tamaño monstruoso y un arma que parecía dos bólters unidos mediante una soldadura.

Abrieron fuego con los bólters y descargaron una lluvia de proyectiles que acribilló el patio de izquierda a derecha en una serie de ráfagas controladas. Tres ultramarines cayeron abatidos por los disparos de los dos escoltas del comandante, que dispararon de forma coordinada. No se trató de un tiroteo indiscriminado, sino de una matanza metódica. Varios disparos pasaron muy cerca de Remus, pero éste logró ponerse de nuevo a cubierto detrás del Rhino antes de que el grueso del fuego enemigo se centrara en él.

El comandante enemigo no los atacó. En vez de eso, apuntó con el martillo hacia una de las paredes del patio, la más cercana al Land Raider. Un único golpe del martillo fue suficiente para abrir un agujero del tamaño de un ser humano. Los bloques de piedra y los puntales del soporte de acero quedaron destrozados por la mortífera arma. El comandante enemigo sólo necesitaría como mucho otros dos golpes como aquél para conseguir escapar de aquel ataque por sorpresa. Sería prácticamente imposible organizar una persecución efectiva por las calles de Idrisia. La armadura de Remus ya estaba captando el flujo de mensajes procedentes del comunicador del comandante enemigo, que había empezado a solicitar refuerzos. El objetivo no tardaría en escapar sin remedio.

—Que todas las fuerzas converjan y cierren la trampa —ordenó—. El objetivo se encuentra a la fuga.

Los guerreros ultramarines salieron corriendo de sus posiciones a

cubierto y se movieron de forma escalonada para cubrirse unos a otros con sus disparos, pero mientras que cualquier otro enemigo se hubiera visto obligado a ponerse a cubierto ante semejante potencia de fuego, los exterminadores caminaron erguidos bajo unas andanadas que hubieran sido capaces de reducir escuadras enteras a carne picada.

Remus vio cómo varias ráfagas enemigas impactaban en Barkha. Su armadura se agujeró bajo los múltiples proyectiles de los bólteres de gran tamaño. El sargento soltó una serie de obscenidades en la lengua propia de Talassar antes de caer desplomado en el suelo, donde se quedó inmóvil. Remus vio que el ataque se había detenido y que las bajas propias no dejaban de aumentar, por lo que supo que sólo le quedaba una opción para ganar aquella batalla. Abrió el canal de comunicación con el sargento Archo.

—Archo, quiero fuego de supresión en el patio, ¡ya!

—Capitán, os encontráis en la zona de fuego.

—¡Lo sé. Tú hazlo! ¡Acribilla este sitio!

No necesitó repetir la orden. Archo sabía muy bien cuál era su lugar en la cadena de mando, lo mismo que lo sabía Remus. El éxito de la misión era lo más importante. Las escrituras del primarca dejaban muy claro que las vidas de los combatientes del propio bando debían tener una importancia capital, sobre todo las de los guerreros de las legiones astartes, ya que sin duda escasearían en los años de guerra que se avecinaban.

Pero el primarca también dejaba muy claro que las guerras sólo se ganaban con la sangre de los guerreros que luchaban en ellas. A veces, el único modo de ganar era sacrificarlo todo para conseguir la victoria.

—¡De prisa, Archo! —gritó cuando el comandante enemigo logró por fin derribar por completo la pared que se interponía entre él y su huida.

El patio entró en una erupción de llamas y chorros de fuego cuando un misil tras otro se estrellaron contra su superficie. Las ráfagas de proyectiles de bólter pesado acribillaron arriba y abajo toda la zona interior abierta del edificio. Los disparos fueron brutalmente efectivos y mortíferamente indiscriminados. Un misil dio de lleno contra la hombrera del capitán de los Salamandras, y la fuerza del impacto lo hizo girar en redondo para que otro le acertara en plena placa pectoral. La potencia combinada de ambas explosiones lo hizo caer de rodillas. Otro misil cruzó el aire en su dirección, pero el salamandra logró alzar el escudo para interceptar el proyectil. El misil rebotó y salió desviado hacia otro punto del patio, donde estalló en mitad de un puñado de ultramarines, que se encontraban agazapados detrás de la poca cobertura que quedaba.

Una tormenta interminable de disparos acribilló el patio, y Remus perdió la noción de todo lo que lo rodeaba cuando se vio asaltado por la ensordecedora cacofonía de sonidos que le pasó rugiente por encima. Había perdido el control de la batalla, pero podría recuperarlo si sabía qué le había ocurrido al comandante de los Salamandras.

Avanzó a rastras para rodear al Rhino, y mantuvo el bólter apoyado en el antebrazo mientras pasaba por encima de los restos de la batalla: los casquillos de los proyectiles, los cascotes y los cuerpos de los muertos. El comunicador no dejaba de chasquear y retumbar en su oído. Eran las escuadras cercanas pidiendo informes de la situación, mensajes interceptados a las unidades enemigas que se dirigían hacia el edificio y las advertencias que los pilotos de las Thunderhawk se lanzaban unos a otros. Remus hizo caso omiso de todo aquello y se concentró en avanzar con rapidez para cumplir el objetivo de la misión.

Alcanzó el otro extremo del Rhino y se irguió hasta ponerse de rodillas. No tenía posibilidad alguna de sopesar la situación o de consultar la obra del primarca, así que simplemente dobló la esquina que formaba la parte delantera de la oruga del vehículo. El comandante enemigo había conseguido ponerse en pie de nuevo, aunque el visor de Remus mostraba numerosos puntos debilitados en la armadura de exterminador del salamandra.

El comandante enemigo quizá sintió su presencia, porque se volvió hacia él. Remus le sostuvo la mirada, de lente óptica a lente óptica. El capitán alzó el bólter y miró a través del visor del arma, y aunque era físicamente imposible ver detrás de la rugiente máscara de combate, tuvo la sensación de que sí que era capaz de ver la piel oscura como el carbón del guerrero enemigo y sus ojos rojizos como el infierno. Por supuesto, era algo ridículo, pero había un punto vulnerable en la máscara facial del casco del guerrero, uno que un tirador experto podría aprovechar...

Remus apretó el gatillo, y el bólter efectuó un único disparo. Aunque el proyectil salió a una velocidad supersónica, el capitán tuvo la impresión de que podía observar la trayectoria que seguía. Supo nada más disparar que acertaría en su objetivo. El proyectil dio de lleno en el rostro del exterminador, y el capitán vio cómo su visor confirmaba aquella muerte. El exterminador no cayó: la armadura era demasiado grande para permitir que quien la llevaba se derrumbara, ni siquiera después de muerto.

Remus soltó un jadeo de alivio para luego dejarse caer de espaldas y permitir que lo abandonase toda la tensión y el esfuerzo de aquel último

combate. Aunque había sido uno de los más breves, sin duda había sido el más exigente respecto al esfuerzo necesario.

Muy por encima del edificio, las rugientes Thunderhawk comenzaron a descender como aves carroñeras que comenzasen a sobrevolar en círculos el lugar en previsión de un festín.

Combate 314

Un viento helado soplaba a lo largo del desfiladero de basalto y llevaba consigo el polvo arrastrado desde las cumbres más altas de Macragge. Remus notó el olor a savia de pino de las tierras elevadas de un verde perenne y los matices frescos y cristalinos de los pequeños lagos de las montañas. Se agachó para agazaparse detrás de un pequeño montículo de piedras erigido para marcar el sitio. Era un cono de unos tres metros de altura de rocas volcánicas con mensajes tallados que indicaban a los viajeros por dónde transcurrían los caminos seguros que cruzaban las montañas y en qué lugares se podía encontrar agua y refugio. Aquellas señales, talladas en el antiguo lenguaje cuneiforme de Macragge, eran ilegibles para cualquiera que no fuese nativo del planeta. Ni siquiera tendrían sentido para otros ciudadanos de Ultramar.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Remus había pasado por aquellas montañas, cuando era poco más que un niño. Había corrido tambaleándose en un estado de agotamiento increíble, casi moribundo, de un montículo a otro, en un esfuerzo desesperado por conseguir un puesto entre los Ultramarines. De todos los chicos que habían iniciado aquella última carrera, él había sido el único en sobrevivir. Los demás habían muerto uno por uno debido al agotamiento por el calor, a la deshidratación, despeñados desde los riscos más altos o devorados por las feroces panteras de montaña que vivían en las cuevas y acechaban en los picos más altos.

Remus atravesó bamboleante la entrada de las puertas de bronce de la Fortaleza de Hera, donde lo recibió el capitán Pendarron, el heroico guerrero que había luchado junto a Roboute Guilliman en las tierras salvajes de Illyrium antes de la traición que Gallan cometió contra el rey Konor. El capitán lo había ayudado a erguirse, le había quitado un poco el polvo y lo había enviado a los apotecarios con un breve gesto de aprobación.

Al pensar en ello, su flujo sanguíneo se inundó con una oleada de endorfinas, pero fue un placer muy corto. Aquello había ocurrido en otra